Año: XVI, Enero 1975 No. 333

EL SOCIALISMO BUSCA SU NIVEL

por Melvin D. Barger

Tomado de «The Freeman» - junio 1974
Tradujo: Hilary Arathoon

Hace algunos meses una revista noticiosa publicaba en su carátula, una caricatura que representaba al Tío Sam, turbado y tembloroso, sosteniendo entre sus manos un cuerno de la abundancia vacío. El mensaje era tan claro que apenas hacía falta el rótulo, el cual decía: «Agotándose todas las cosas». Es un hecho el que a los EE.UU. de N. A. le están escaseando muchas cosas en los meses recientes. Hay una creciente falta de energía, de plásticos, de ropa, de productos enlatados, de papel, de muebles, etc. En 1973, sin haber experimentado un conflicto bélico de mayor proporción y sin haber tenido mayores pérdidas en la agricultura, la por mucho tiempo conocida como «Tierra de la Abundancia», se transformó de repente en «Tierra de la Escasez», cosa que ha llamado bastante la atención. Pero no la clase de atención que puede ayudar a resolver el problema de esos faltantes crecientes. Pocos de los expertos que hicieron comentarios sobre los faltantes estuvieron dispuestos a culpar la intervención gubernamental o a sugerir que los planes para la economía planificada no estaban funcionando muy bien en la práctica. El distinguido economista, Paul Samuelson, por ejemplo, dijo que: «la razón por los faltantes se debe al hecho de no haberse aumentado la capacidad de las plantas». También hizo ver que «las industrias favorecen la escasez porque mejoran las ventas». (Se desearía que el Sr. Samuel son supiera también que las industrias son a la vez compradoras y vendedoras y que por consiguiente, confrontan problemas en cualquier clase de mercado).

Hay, claro está, un número de causas secundarias detrás de la escasez actual. Pero la causa principal es que los EE.UU. de N. A. ha sobrepasado el punto crucial en su viaje hacia el socialismo. La intervención estatal en la economía se ha vuelto tan extensa y decisiva que el país está empezando a experimentar los problemas típicos de otros países que han adoptado el Socialismo. Gran Bretaña ha confrontado lo mismo durante años y continúa estancada y a declinar en influencia mundial. No es difícil el demostrar que otros países han confrontado dificultades similares bajo gobiernos socialistas.

¿Somos la excepción?

¿Pero qué de un país tal como los EE.UU. de N. A., que alcanzó grandes alturas bajo un sistema que era más que todo capitalista y que continuó experimentando gran crecimiento aún después que el gobierno impuso una reglamentación rígida y controles tanto a los negocios como a la industria?

¿Por qué no pueden los EE.UU. de N. A. mantener su presente nivel de producción y prosperidad aun al convertirse a un sistema más que todo socialista? Aun si el grado de crecimiento se reduce o llega a suspenderse del todo ¿por qué no es posible mantener el nivel de vida actual, con tal vez unos cuantos ajustes como una reducción en el tamaño de los automóviles y una reducción en algunos de los suministros de alimentos?

El problema con esta clase de razonamiento y nuestro deseo de que así fuera, es que el socialismo tiende a establecer ciertos niveles de producción que no tienen nada que ver con las metas fijadas por los individuos y las preferencias de los ciudadanos. En la mayoría de los casos, el socialismo tiene el efecto de amenguar la producción y destruir la balanza entre la producción y el consumo. Al mismo tiempo restringe la libertad de acción ya sea a través de amenazas directas o sea persuadiendo a los individuos a que consientan en perder su libertad como un medio de «promover el bienestar general». Si se adopta el socialismo en un país que previamente ha gozado de la ventaja de un mercado relativamente libre, la economía tenderá a descender a nivel aproximado de lo que hubiera sido si el país hubiera abrazado el socialismo desde el principio. Al mismo tiempo el gobierno empezará a emplear diversos medios para refrenar la libertad de modo que los individuos acabarán pensando o actuando como personas que han crecido bajo el socialismo. O para aclarar, el socialismo siempre busca su nivel y nuestras dificultades actuales probablemente sólo sean un ligero anuncio de mayores dificultades futuras.

Durante los primeros años del socialismo, sus partidarios insistían que su programa engendraría una mayor eficiencia en producción y distribución. Los antiguos socialistas, muchas veces deploraban la aparente duplicación de facilidades bajo el capitalismo, ¿por qué tener dos almacenes en la misma calle, cuando uno bastaría para satisfacer las necesidades de la comunidad? También se alegaba que muchas gentes desempeñaban cargos innecesarios e inútiles bajo el capitalismo, pero que bajo el socialismo a cada persona se le asignarían cargos que corresponderían a su personalidad y a sus intereses.

Por fin, se decían, la gente podrá trabajar para el bien común en preferencia de para los intereses mezquinos de los dueños capitalistas.

La producción baja pero se alegan otros beneficios

Pero en la práctica el socialismo resultó ser muy inferior en producción a las empresas privadas. Sin embargo, esto no incitó a los socialistas a reexaminar su filosofía entera; en vez de ello optaron por reclamar para su sistema otros beneficios a cambio de la eficiencia. Socialistas como George Bernard Shaw, creían que el socialismo proveería igualdad económica; el que fuera por mucho tiempo candidato presidencial, Norman Thomas, creía que traería la justicia social y un uso más equitativo de los productos nacionales tales como el petróleo y los minerales. En años recientes, los socialistas han tendido a deplorar el hecho de que se haga énfasis en un alto nivel de producción y que deberíamos estar dedicando nuestros recursos y energías a resolver urgentes problemas sociales.

Una de las principales dificultades con el socialismo, sin embargo, es que al no más empezar a dar pasos para establecer su programa, se empieza a enredar en dilemas de aplicación práctica. En los EE.UU. de N. A. y otras naciones occidentales, hay poca esperanza de que el electorado dé su autorización a los candidatos de inclinación socialista para que completamente convierta al país en socialista en pocos meses o pocos años. Esta realidad es la que no ha dado a los socialistas más opción que la de hacer cambios parciales, creando así una economía mixta, pero sin llegar a ser del todo una economía socialista. Estas medidas intervencionistas han sido introducidas en los EEUU de N. A. durante los últimos cuarenta años bajo una diversidad de nombres.

Cada cambio, sin embargo, ha ocasionado problemas que los socialistas preferirían ignorar. Un problema de mayor cuantía ha sido ocasionado por los intentos que han hecho de modificar el sistema de precios. Los socialistas siempre han odiado la Idea de aceptar los precios fijados por el mercado y se han aferrado con fervor a la idea que un sistema dirigido de precios y salarios daría por resultado una más justa economía y una distribución más balanceada de recursos. Han argumentado con bastante convicción que los monopolios y oligopolios hacen decisiones arbitrarias en la administración y decisión de precios, mientras que los sindicatos y las compañías se combinan para fijar niveles de salario. Cuánto mejor el colocar esos procesos bajo el control de la sociedad, autorizando al gobierno a fijar niveles de salarios y precios de manera ordenada!

Pero el mercado tiene su forma de pasar por alto dichos argumentos. Si el precio fijado por el gobierno es demasiado bajo, hay un aumento en el consumo y una baja en la producción (o a lo menos un retiro temporal del producto del mercado). Si el precio es demasiado alto, hay una declinación en el consumo y un aumento en la producción. En ambos casos puede predecirse el comportamiento del mercado. No hay en realidad ningún texto de economía que merezca el nombre de tal que se atreva a disputar este hecho. Esta característica básica y predecible del mercado puede observarse en la compraventa de cualquier artículo desde huevos hasta automóviles usados.

Transfiriendo la culpa

Desgraciadamente no parece influir en ni un solo socialista el fracaso en el control de precios y salarios, ni lo aparta un momento de su camino. Con harta frecuencia, la culpa por las consecuencias nocivas se la achacan a los hombres de negocios; la crisis energética por ejemplo, ha sido achacada a las compañías petroleras que buscan mayores ganancias y que al mismo tiempo quieren eliminar a los independientes. Otra excusa característica de los socialistas es que se necesitan controles adicionales para que el sistema de control de precios funcione correctamente. En la mayoría de los casos, lo que los intervencionistas verdaderamente dicen es que nada funciona muy bien hasta que ellos hayan logrado controlar la casi totalidad de la economía.

¿A qué se debe que los socialistas se nieguen a admitir que un sistema de precios fijado por el mercado libre es necesario y que deberían modificar su propio programa para incluirlo? Una concesión como ésta contribuiría a minar muchos de los principios de la fe socialista. Por mucho tiempo los socialistas han alegado que el mercado libre es injusto y que da por resultado una distribución poco equitativa de bienes y servicios.

En cambio los que abogan por la libre empresa insisten en que el sistema de precios distribuye los bienes y servicios a través de cambios complejos basados en las selecciones y prioridades de los consumidores. También arguyen que cualquier otro método tiene que resultar ya sea en sobrantes o faltantes, siendo más frecuentes los últimos. El control de precios burocrático del socialismo y el sistema de distribución de bienes y servicios, también a la larga restringe la libertad. En otras palabras, el público tiene que conformarse con menos bienestar material y menos libertad si escoge el sistema de control permanente de precios y salarios que los socialistas desean.

Mala inversión

Otra tendencia del socialismo es el canalizar los fondos de inversión a proyectos no recomendables que no contribuyen a la capacidad productiva de la economía total. Claro está que las mal versiones ocurren en cualquier clase de economía, pero el sistema de negocios de propiedad privada tiene involucrado en sí un sistema que limita las malas inversiones. Una compañía privada usualmente sólo puede reunir fondos a través de emisión de bonos, ganancias o préstamos. Si estos fondos más tarde los pierde en malos negocios, la gerencia correrá el riesgo de ser substituida o si no los acreedores se harán cargo y tomarán el control. Así es como los gerentes de la empresa privada están bajo una vigilancia y presión constante que los obliga a buscar inversiones y mejoras de capital que aumenten la capacidad productiva de la empresa. Este procedimiento beneficia a los trabajadores pues aumenta su productividad y capacidad de alcanzar una capacidad salarial verdadera y beneficia a los consumidores pues les obtiene mejor mercadería y a precios más bajos.

Pero no funciona así en el sector público. Billones de dólares han sido gastados en proyectos que se han esfumado. Billones de dólares adicionales han sido gastados en proyectos que benefician sólo a un número limitado de la población, y que no aumentan el número de empleos productivos. Fondos públicos han sido gastados en la construcción de edificios de apartamentos de alto costo que han tenido que ser arrasados a los pocos años, viajes a la luna que últimamente han sido desaprobados, proyectos de renovación urbana que han nivelado secciones enteras de las ciudades y en subsidio para industrias que continúan en picada. Se argumenta que estas inversiones «ponen dinero en circulación., pero ese objetivo de dudoso valor podría haberse alcanzado con la simple distribución de billetes en cualquier esquina. Una economía saludable y productiva necesita de mucho más que el simple hecho de «poner dinero en circulación.. El dinero también debe gastarse en inversiones que contribuyan a la riqueza total y a la productividad del país.

El mercado, única alternativa

La conclusión a sacar es que el socialismo va apareado con una Inversión de capital mal dirigida. Es poco probable que un gobierno completamente socialista, sea capaz de proveer suficientes fondos de inversión para la industria o distribuirlos en forma correcta. En años pasados, por ejemplo, el Congreso privó a la Oficina de Correos de los EE.UU. de N. A. de los fondos necesarios para su subsistencia, mientras gastaba billones en otros proyectos de menor interés. Si esta política miope se aplicará a la economía en su totalidad, daría por resultado una drástica reducción de la producción en un tiempo muy corto.

Hay pocas pruebas sin embargo, de que el socialismo se esté desacreditando por sus fracasos de trabajar con efectividad en la economía norteamericana. Por el contrario, los fracasos de la intervención socialista parecen proveer la base para nuevas formas de intervención. Persiste la ilusión de que el Gobierno puede resolver nuestros problemas económicos sociales con sólo nombrar un «zar» que supervise una industria enferma o proveyendo fondos para afianzar cierta causa. Aún no perciben que el efecto de este intervencionismo es el de rebajar la producción y de contrarrestar las fuerzas del mercado que son las únicas que pueden traer la eficiencia y el orden en nuestros asuntos económicos. Tampoco llegan a comprender que el socialismo no puede sostener el alto

nivel de vida y libertad que se logró alcanzar en tiempo de generaciones pasadas. El precio que nos corresponde pagar en este nuevo mundo de intervención socialista, es muy alto en términos de pérdida de libertad y baja productividad.

El eminente Ludwig von Mises vio el problema con claridad sorprendente:

«El conflicto entre el capitalismo y el socialismo no es una disputa entre dos grupos de demandantes acerca de la porción que corresponde a cada cual de una porción definitiva de bienes. Es una disputa con respecto a cuál sistema de organización social es el que mejor sirve al bienestar humano.

En este conflicto de opiniones, cada cual debe formarse su criterio y colocarse en el lugar que le corresponde. Cada cual debe definirse ya sea a favor de los que abogan por la libertad de economía, o los que estén a favor del socialismo totalitario. Uno no puede eludir el problema, adoptando lo que llaman ser un término medio entre los dos extremos o sea el «intervencionismo». Porque el intervencionismo no es un término medio, ni una componenda entre el capitalismo y el socialismo. Es un tercer sistema, lo absurdo e inútil del cual, lo reconocen no sólo los economistas, sino hasta los propios marxistas.

Los hombres deben escoger entre la economía del mercado y el socialismo. El estado puede ayudar a conservar la economía del mercado, protegiendo la vida, la salud y la propiedad privada contra agresiones violentas o fraudulentas; o puede él mismo controlar la conducción de todas las actividades productivas. Alguien debe decidir qué es lo que se ha de producir. Si no han de ser los consumidores a través de la oferta y la demanda del mercado, tendrá que ser el gobierno por medio de la coerción».